

A la Luz de la Primavera de Ébano: Antirracismos de Cara a la Crisis Civilizatoria.

Agustín Laó-Montes

*No basta con no ser racista: debemos ser antirracistas en nuestras acciones cotidianas. **Angela Davis***

Una civilización que se prueba incapaz de resolver los problemas que crea es una civilización decadente.

Una civilización que decide cerrar los ojos a sus problemas más cruciales es una civilización enferma.

Una civilización que aplica sus principios a la trampa y al engaño es una civilización moribunda.

Aimé Césaire

*El antirracismo no es una consigna; es un proyecto de país. **Iván Cepeda***

Al final de la tarde del 25 de mayo de 2020, cuando celebrábamos el Día Mundial de Solidaridad con África, en medio del escenario letal de la incipiente pandemia del coronavirus, George Floyd, un ciudadano estadounidense negro, fue asesinado por policías blancos en la ciudad de Minneapolis. En sus últimos momentos de vida, Floyd dijo, en un grito de vida, mientras el antebrazo de Derek Chauvin lo estrangulaba, “me estoy quedando sin aire; no puedo respirar”. El poder simbólico del reclamo vital de Floyd, contra el brazo asesino de Chauvin, apeló a la memoria histórica del continuo de violencias desde la esclavitud racial moderna/colonial hasta la necropolítica neoliberal expresa en el racismo estructural de hoy. El acto visible de aniquilar a una persona negra, reducida a un cuerpo desechable, echada al suelo, cual sin valor humano, despertó un inconsciente colectivo antirracista alrededor del mundo.

Casi de inmediato, se desató una ola de protestas en más de cincuenta ciudades de los Estados Unidos que se extendió a través del planeta. Este momento, descrito por muchas como la mayor acumulación de protestas contra el racismo en la historia, marcó un antes y un después en el reconocimiento de la pertinencia política del antirracismo. Fue tal su alcance que activistas antirracistas de largo aliento, como Angela Davis, reconocieron su carácter trascendental; en el caso de Davis, expresaron su alegría de estar viva para formar parte del pliego mundial antirracista. A esta coyuntura histórica, que reveló las contradicciones de la *coronacrisis* (o sea, la exacerbación de la crisis civilizatoria por el coronavirus), que conjugó crecientes descontentos contra el entramado de injusticias y violencias—sociales, étnico-raciales, sexuales, ecológicas—que se condensaron en la puesta al desnudo de la necropolítica del capitalismo neoliberal, con una ola global de protestas antirracistas, la bautizamos como *Primavera de Ébano*.

En esta denominada era “posracial”, en la que habitualmente se niega el racismo, a la vez que se ejerce de las maneras más descaradas, el efecto de *Floyd* tuvo implicaciones diversas. Por un lado, facilitó que levantemos la bandera antirracista como baluarte de la constelación de luchas y movimientos contra la matriz de dominación en su conjunto; pero, por otro lado, provocó “confluencias perversas”¹ entre cuyos ejemplos más extremos se cuentan el expresidente George Bush—un patriarca imperial blanco—hablando contra el “racismo sistémico” en la convención del Partido Republicano, y el presidente Trump afirmando ser “la persona más antirracista del mundo”. Dichos enunciados explícitamente “antirracistas” por dos ejecutivos estadounidenses que, tanto en sus políticas como en sus discursos, defendieron a capa y espada (o, mejor dicho, con misiles y mentiras) la supremacía blanca del neoimperialismo yanqui, muestran la complejidad de la dialéctica entre racismo y antirracismo como fenómenos epistémicos y políticos entrelazados.

A la luz de la Primavera de Ébano se desató un tsunami de acciones colectivas antirracistas que articuló las luchas contra el racismo con combatir opresiones relacionadas, manifiestas en un entramado de violencias, como en las guerras imperiales, en el extractivismo y el acaparamiento de tierras de parte del capital, y en los ataques neofascistas de las nuevas derechas contra la “diversidad”, el “multiculturalismo”, y la “ideología de género”. Paradójicamente, se reveló el fundamento racista de los regímenes de dominación, a la vez que continuó negándose el racismo como un problema real y cotidiano en el mundo *Amefricano*.²

La puesta al desnudo de prácticas de antinegritud durante la coronacrisis, expresas en las necropolíticas de Bolsonaro y Trump, que en una combinación de “dejar morir” y “hacer morir” convirtieron a Brasil y los EEUU en cementerios de cadáveres afrodescendientes, fue terreno fértil para el crecimiento en espiral de los movimientos por las vidas negras (en inglés *#Black Lives Matter*) a través de toda América, especialmente en Brasil y Colombia, donde hubo marchas masivas contra los asesinatos de dos jóvenes negros, Joao Pedro (Brasil) y Anderson Arboleda (Colombia), precisamente en el mismo momento del aniquilamiento de George Floyd.

Los movimientos por las vidas negras están predicados por cómo el racismo antinegro—o la antinegritud—expresa una de las contradicciones principales de la modernidad/colonialidad: la

¹ El concepto de “confluencias perversas” lo acuñó Evelyn Dignino para referirse a convergencias entre el neoliberalismo y el multiculturalismo.

² El concepto “Amefrica Ladina” lo creo Lelia Gonzalez para reconceptualizar el continente llamado “America Latina” resaltando la centralidad de sus historias y culturas Afrodescendientes e Indígenas.

oposición entre la vida y la muerte. “El racismo mata”, un refrán común en nuestro movimiento, es testimonio de la política de *Thanatos* (instinto de la muerte según Freud) que es un pilar del racismo antinegro desde su inepción con la trata transatlántica esclavista en el largo siglo XVI, cuando comenzaron a instituirse dos modos enlazados, pero a veces contradictorios, de la antinegritud: por un lado un *racismo de explotación y expropiación* ligado al colonialismo de asentamiento y despojo que expropia a comunidades de sus tierras y territorios, y a la sobreexplotación del trabajo esclavizado; y, por otro lado, un *racismo de odio y aniquilamiento*, que cultivó desprecio y desdén por los cuerpos y culturas negras (africanas y afrodescendientes) una de cuyas implicaciones principales fue despreciar la vidas negras como desechables. A contrapunto de dicha necropolítica constitutiva de la modernidad capitalista racial-patriarcal, el Mundo Afro (el continente y la diáspora africana global) formuló dos estrategias onto-existenciales, epistémicas y ético-políticas—*vitalismo radical negro* y *humanismo negro*—que no solo la contrarrestaron, sino que también elaboraron una política de *Eros* propia, como veremos.

Modernidad/Colonialidad, Racismo Estructural, Antinegritud

Extendiendo el planteamiento de Joan Scott (1996) sobre el género, argumentamos que el racismo es una categoría histórica fundamental para analizar y combatir la opresión y las desigualdades, especialmente las formas de dominación que se configuran y se ejercen mediante la racialización de sujetos, espacios e instituciones. Entendemos el racismo como una formación global de poder, un “sistema mundial racial” que instituye y reproduce la dominación racial de corte cultural, político, económico, epistémico y psicológico, como componente clave del sistema-mundo moderno/colonial capitalista.³

La estratificación racial global y las constelaciones de racismo en el mundo son diversas y complejas, variando desde el antisemitismo, la islamofobia, el sionismo, el orientalismo, los racismos contra indígenas y el racismo antinegro, cada uno con sus tiempos y espacios propios, a la vez que en relación entre ellos, con el denominador común de la supremacía blanca sustentada

³ El concepto de “sistema mundial racial” fue formulado por Charles Mills (1999). La representación del capitalismo como sistema histórico global como “sistema-mundo moderno/colonial capitalista” es una elaboración de sistema-mundo moderno de Immanuel Wallerstein (1996).

por el poder imperial occidental capitalista. Aquí nos enfocaremos en el racismo antinegro, en sus múltiples expresiones, combinaciones y permutaciones.

El golpe mortal originario, la herida histórica más profunda que marcó la centralidad del racismo antinegro en la Modernidad, fue la institución de la esclavitud capitalista mediante la trata negrera, desde el largo siglo XVI hasta el XIX. La forma de esclavitud que, desde el largo siglo XVI hasta el XIX, se hizo pilar en el eje Atlántico del sistema-mundo moderno/colonial, conjugó cosificación, deshumanización y racialización con la explotación capitalista de esclavizados/as plenamente asumidos como mercancía. La racialización de los cuerpos, culturas y territorios, ennegrecidos en las ideologías y prácticas racistas consustanciales a la institución de la esclavitud, representa una de las dimensiones principales del racismo como fenómeno central de la Modernidad capitalista. La profundidad de la deshumanización y la violencia de la esclavitud moderna llevaron al sociólogo Orlando Patterson (2018) a caracterizarla como una “muerte social” que, como tal, negó a las/los sujetos esclavizados/as las condiciones mínimas de pertenencia social y de ciudadanía.

El racismo antinegro, establecido en este contexto de esclavitud y colonización capitalista, consiste en cuatro elementos principales: 1) la caracterización de África como el continente negro, corazón de las tinieblas, de pueblos sin historia, que constituye el universo de la barbarie, el extremo opuesto de la civilización occidental; 2) la invención del negro como salvaje y primitivo, como entidad no-humana o menos que humana, que representa el polo contrario de lo humano, situado en las antípodas del reino de la blanquitud; 3) la pigmentocracia como práctica de clasificación y estratificación de cuerpos y culturas, a partir del color de la piel y de evaluaciones fenotípicas (cabellos, labios, narices, etcetera): aquí ubicamos la denominada “gramática del color”⁴; 4) la negrofobia como forma particular del racismo, que conforma un inconsciente racial de representaciones y asociaciones de los cuerpos, comportamientos y culturas calificados como negros, que articula un complejo contradictorio de miedos y deseos, que conjuga erotización con repulsión y envidia con desprecio. El racismo antinegro es un componente clave del racismo como régimen central de poder y saber en el sistema-mundo moderno/colonial capitalista, que combina

⁴ “Gramatica del Color” es una categoría de Eduardo Bonilla-Silva (2001).

el fenómeno que José Jorge Carvalho (2008) llama “racismo epidérmico”, la pigmentocracia de cuerpos y culturas, con discursos desvalorizantes y deshumanizantes de África y la africanía.

La *antinegritud*, entendida como un proceso de largo arco de deshumanización, sobreexplotación, expropiación, desposesión y abyección de cuerpos, culturas y territorios, significados como “negros” y “africanos”, es constitutiva del sistema-mundo moderno-colonial capitalista. La antinegritud es una categoría fundamental para entender la matriz constitutiva del proceso histórico mundial universal que llamamos capitalismo racial-patriarcal, por lo que debe considerarse un constructo clave en la tradición radical negra.

Este es el sentido primordial en el que se argumenta que vivimos en un “mundo antinegro”, es decir, un universo histórico en el que las principales instituciones (como la economía mundial capitalista, el Estado nación moderno, las estructuras de poder-conocimiento, las culturas dominantes y las definiciones hegemónicas del yo o del sujeto) son antinegras. Es decir, en la economía-mundo capitalista hay una división racial del trabajo que subordina, sobreexplota y excluye trabajadores negros, el moderno estado-nación es un estado racial y racista que consolida la supremacía blanca, las universidades de corte occidental promueven regímenes de conocimiento eurocéntricos y occidentalistas mientras desconocen los “otros” saberes (africanos, indígenas, campesinos, populares), las instituciones eclesíásticas dominantes del cristianismo también desprecian las religiosidades de matriz africana, y en general priman las “culturas racistas” y las subjetividades racializadas que definen los campos culturales y las formaciones de sujetos e identidades en la modernidad/colonialidad.

Con fines heurísticos, distinguimos tres dimensiones del racismo: estructural, institucional y cotidiana. El racismo es estructural porque la opresión y la desigualdad racial son componentes clave promovidos por las instituciones principales del sistema-mundo moderno/colonial y por las formas y prácticas hegemónicas de conocimiento, cultura, religión y lenguaje en la llamada civilización occidental. En este registro, las instituciones occidentales de conocimiento como las universidades y los sistemas escolares, producen y promueven versiones eurocéntricas de la historia, la cultura, la espiritualidad y el lenguaje, que sirven de vías ideológicas a favor de la supremacía blanca que desvalorizan, marginalizan e incluso pueden borrar de la representación los conocimientos, historias, prácticas culturales, expresiones estéticas, religiosidades y formas

semióticas de los sujetos y territorios subalternizados; y es a la luz de estos procesos que postulamos el concepto de racismo epistémico como una dimensión del racismo estructural.

El racismo puede considerarse institucional cuando se reproduce y facilita, intencional o no, la opresión, la desigualdad y la discriminación racial en las principales instituciones de la sociedad, como el Estado, el sistema educativo, los mercados de trabajo y de vivienda y el sistema de salud.⁵ Si las/los afrodescendientes permanecen ocupando los lugares más precarios en los mercados laborales, siguen seriamente subrepresentados en las universidades y sobrerrepresentados tanto en las cárceles como en las filas de los desterrados y desempleados: el racismo institucional no se ha abolido. Este es el cuadro que pintan las estadísticas, reveladas tanto por estudios académicos como por instituciones como la Comisión contra la Discriminación de la Organización de las Naciones Unidas (CERD) y el Banco Mundial. Aquí, un hito que hila rasgos estructurales e institucionales del racismo es la dimensión del Estado moderno denominada Estado racial (Goldberg 2001).

El tercer ángulo de mirada es la infinidad de prácticas que caracterizamos como racismo cotidiano para conceptualizar las muchas formas de violencia, tanto físicas como simbólicas, que ejercen los sujetos del racismo moderno mediante insultos, exclusiones, vejaciones, discriminaciones y humillaciones. Esta dimensión de la dominación racial es la que la mayoría de las personas entiende por racismo. Por esta razón establecemos una diferencia analítica entre racismo como categoría general de dominación y discriminación racial para designar las prácticas cotidianas de violencia contra los sujetos y poblaciones negativamente racializadas

Giro Antirracista y Panafricanismos en Disputa.

Visto como práctica histórica, el antirracismo es tan viejo como el racismo; es la cara invertida de la dialéctica de la dominación racial y de la resistencia. Es decir, la “raza” o lo racial es una relación social de dominación y resistencia, en la que el antirracismo abarca todas las formas de lucha contra la opresión racial. En este sentido fundamental, el antirracismo es una praxis contracolonial, una respuesta continua al racismo como régimen de dominación y explotación, una dimensión clave de las luchas por la igualdad, la justicia y la democracia.

⁵ El concepto de racismo institucional fue acuñado por Charles Hamilton y Kwame Ture (1992).

Tocando ese tambor, la praxis antirracista es un elemento importante para la duración a largo plazo de las luchas y los movimientos por la descolonización, la liberación y el buen vivir en el mundo moderno/colonial. Esto lo podemos ver en el cimarronaje, en las rebeliones de esclavizadas/os y en las grandes gestas anticoloniales amerindias, como las de Túpac Amaru/Túpac Katari en el siglo XVIII. Dicha genealogía de luchas antirracistas ganó relieve en la revolución haitiana, que interpretamos como la más profunda de la llamada “Era de las Revoluciones”—cuando ocurrió la revolución francesa y las guerras de independencia de las “Américas” comenzando por los EEUU—porque el triunfo del ejército libertador haitiano significó la invención de la descolonización como una forma organizada de hacer política, como también de la negritud como identidad histórica con pertinencia mundial y del antirracismo como objetivo estratégico de carácter político (Gruner 2010, Lao-Montes 2020, Scott 2018).

Desde la fundación misma de Haití y la constitución de diálogos afro-atlánticos que gestaron la formación de comunidades políticas de vocación panafricana a través del mundo—sobre todo en América, África y Europa (el sistema atlántico)—se dilucidaron diversos repertorios de acción, agendas políticas y proyectos históricos en contienda. Un ejemplo significativo a principios del siglo XX son las diferencias entre el panafricanismo de Marcus Garvey predicado en una política de poder negro que buscaba cultivar un capitalismo negro de corte patriarcal, en contraste con el comunismo negro de la época, representado por figuras como Claudia Jones (Trinidad), Sandalio Junco (Cuba) y George Padmore (Trinidad), que se afiliaron a la Internacional Comunista para articular sus políticas antirracistas con las luchas contra el capitalismo racial patriarcal, es decir contra la imbricación de opresiones de clase, racial, y de género.

América (o *Nuestra Afroamérica*), ese gran territorio desde el norte México hasta la punta sur de la Argentina, tiene una larga historia de luchas antirracistas: desde las resistencias a lo brutales regímenes de esclavitud colonial ejemplificadas en el cimarronaje y las rebeliones de esclavizadas/os, en los republicanismos negros que brillaron en los reclamos de igualdad durante las gestas de independencia a través del continente en el siglo XIX, como también en las organizaciones políticas de principios del siglo XX como el Partido Independiente de Color en Cuba y la Frente Negra Brasileira, en los movimientos de *Negritude* a través del continente de los 1940s-1950s, y en la emergencia de las redes de movimiento negro (o afrodescendiente) en la región en los 1990s, hasta llegar a ser una especie de vanguardia de las luchas antirracistas en el

mundo como se testimonia en el liderato amefricano en la Tercera Conferencia Mundial contra el Racismo y formas conexas de Discriminación, celebrada el 2001 en Durban, Sudáfrica.

Sin embargo, el sentido común hegemónico continuó negando el racismo como un hecho fundamental que configuró las sociedades latinoamericanas, sus economías, sus tipos de Estado, sus campos culturales, sus modos de sujeción y sus formas de identificación. Se tendió a desplazar el racismo como problema de los Estados Unidos y a negar la especificidad de las/los afrodescendientes como sujetos políticos con historias, culturas y reclamos de ciudadanía particulares. La emergencia de una ola de movimientos antisistémicos donde se destacaron los movimientos indígenas y negros en los años 1990 inscribió un cambio de un *proyecto racial* que desde principios del siglo XX celebraba el *mestizaje* como una ideología de armonía y democracia racial que negaba el racismo, hacia un *proyecto racial de multiculturalismo neoliberal*, que emergió en los 1990s, que negaba o minimizaba el racismo, para defender una especie de pluralismo étnico y diversidad cultural. El racismo de negación, de negar y desplazar su existencia a través de la celebración de la armonía y la pluralidad, es una antigua tecnología del racismo amefricano (mejor dicho, latinoamericano), ahora adoptada en Europa y EEUU.

En países como Brasil y Cuba, en vista de la numerosa población afrodescendiente y de una larga historia de política racial negra, con clara pertinencia en la esfera pública, el antirracismo ha sido una dimensión de lo político desde el siglo XIX. Pero en general no se puede hablar de un *giro antirracista* en la política amefricana hasta el siglo XXI, cuando, sobre todo, los movimientos negros colocaron la cuestión racial al centro de las luchas por la memoria histórica y de las políticas públicas en relación con la desigualdad, la democracia y la descolonización.

De manera similar a como vamos realizando genealogías del racismo y cartografías de campo político amefricano, es importante mapear discursos y políticas antirracistas en diferentes momentos y en distintos lugares, para cartografiar y comparar antirracismos. En este quehacer cabe destacar la labor de académicos como Mónica Moreno Figueroa, Mara Viveros y Peter Wade, quienes han coordinado proyectos para investigar empíricamente y analizar prácticas y gramáticas antirracistas en nuestra América. Ellas colaboran en el proyecto *Antirracismo Latinoamericano en Tiempos Posraciales* (LAPORA). Una de sus principales aportaciones es el concepto de *gramáticas alternativas del antirracismo*, que permite conceptualizar e investigar prácticas que no

son explícitamente antirracistas (por ejemplo, prácticas estéticas, como el arte y la literatura), pero que contribuyen de manera significativa a cuestionar y combatir el racismo.

En su libro *Against racism: Organizing for social change in Latin America* (2022), Moreno-Figueroa y Wade argumentan que el racismo sistémico está “tejido en las estructuras básicas de las sociedades capitalistas liberales [...] entrelazado con el sexismo, el heterosexismo y la continua colonialidad del poder”, lo que los llevó a establecer una importante distinción entre enfoques reformistas y radicales. En este sentido, sostienen que la “empresa neoliberal está aumentando las desigualdades sociales y raciales a través del acaparamiento de tierras, las economías extractivistas, las relaciones laborales opresivas y el intercambio desigual en los territorios negro-indígenas”, que requieren “análisis del genocidio antinegro y antiindígena”, concluyendo que “un marco radical estructural y racializado debe actuar como una especie de horizonte político contra el cual las acciones antirracistas puedan ser vistas y evaluadas”.

En esa clave, es necesario deslindar y diferenciar las teorías del racismo con sus respectivas políticas antirracistas. Esto es una tarea intelectual y política que realizaremos a cabalidad en una investigación a fondo sobre cómo diferentes vertientes analíticas del racismo se relacionan con distintas políticas antirracistas. En este breve escrito solo podemos explorar las principales políticas antirracistas de cara a la crisis civilizatoria.

Antirracismos de cara a la Crisis Civilizatoria

En la oración que abre el clásico del pensamiento descolonial *Discurso sobre el colonialismo*, Aimé Césaire declara que “Una civilización que se prueba incapaz de resolver los problemas que crea es una civilización decadente” (Césaire, 1955, p. 31. La traducción es mía). De inmediato añade que “una civilización que decide cerrar sus ojos a sus problemas más cruciales es una civilización enferma” y que “una civilización que usa sus principios para trampa y engaño es una civilización moribunda” (Césaire, 1955, p. 31). Césaire escribía esto en 1955, luego de la Gran Depresión de los años 30 y de dos guerras mundiales, en el contexto de una ola ascendente de movimientos en Asia, África y el Caribe por la descolonización de los imperios europeos que imperaban desde el largo siglo XVI. Hoy día, poco menos de un siglo más tarde, podemos decir que fue una aseveración profética si la consideramos un pronóstico de la crisis actual de la civilización occidental capitalista.

Como modo de vida dominante, la modernidad capitalista no ha proporcionado garantías de condiciones mínimas de supervivencia a las mayorías humanas en bienes básicos como alimentación, vivienda, seguridad y convivencia; cultivando, en cambio, racionalidades de muerte expresadas en una multitud de violencias entrelazadas: doméstica, racial, sexual, geopolítica, económica, ecológica, epistémica; engendradas por las imbricaciones de la búsqueda inescrupulosa de ganancias, en conjunción con el miedo a las otredades, que juntas provocan continuamente prácticas de acumulación por despojo y aniquilamiento, guerras étnicas, genocidios raciales, coerción patriarcal y destrucción ecológica.

A contracorriente de las promesas de pronta recuperación y los anuncios demagógicos de alegado progreso que escuchamos de presidentes y ministros a través de las Américas y Europa, las imágenes cotidianas y mass-mediáticas de millones de personas desempleadas, desterradas, familias sin hogar, hambrunas y epidemias masivas, refugiados muertos en fronteras marítimas y territoriales, violencias múltiples (étnico-racial, religiosa, sexual, doméstica, geo-política, genocidios, guerras); expresan una condición general de malestar profundo y prolongado que caracterizamos como crisis.

Los síntomas de la crisis global se manifiestan con movilizaciones y huelgas generales en países como Colombia, Francia, Grecia, Irlanda, India, Martinica y Portugal. A la vez, salen al relieve 20 millones de desamparados en Pakistán, producto de una secuencia de inundaciones; casi un país entero en la calle en Haití, mientras sufre una guerra civil de pandillas y un repertorio de golpes de Estado; la paralización por largos meses de Puerto Rico y Dominica luego de grandes huracanes. Muchas situaciones resultantes de desastres alegadamente naturales, causados por la crisis ecológica y exacerbadas por la negligencia gubernamental y por las intervenciones militares del imperio estadounidense. A estas calamidades añadimos los genocidios en el Congo y en Sudán, sintomáticos de la devastación neocolonial-neoliberal del continente madre, junto con las pandemias de sida y ébola.

El racismo antinegro tiene su propio repertorio de genocidios, entre los que es importante no olvidar la masacre del imperio alemán contra los pueblos Herero y Nama en el territorio que hoy se conoce como Namibia en 1904. Hoy día destacamos el genocidio antinegro en Brasil, en el Congo y en Sudan. En Colombia, calificamos la necropolítica que azota a Buenaventura, la ciudad-puerto principal del país donde el 95% de la población es afrodescendiente, como un

eco/geno/etno/femicidio.⁶ Dicha crisis humanitaria se enmarca en un proceso de destierro masivo que ha dejado una ecuación de casi diez millones de desplazados en Colombia, muchos/as de ellos/as afrodescendientes e indígenas.

El genocidio de Gaza ha sido la prueba más contundente de cómo la crisis civilizatoria ha convertido en inútil el orden internacional creado después de la Segunda Guerra Mundial bajo la hegemonía estadounidense, con la creación de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), el sistema financiero basado en el dólar, creado en Bretton Woods, y la unidad geopolítica y militar occidental consolidada en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Gaza tiene la distinción de ser el primer genocidio tornado en espectáculo mediático, repudiado mundialmente por un movimiento antifascista/antirracista, pero promovido por la acción e inercia de los poderes occidentales—Europa y EE. UU.—. UU.—, demostrando así la carencia de voluntad de detener el estrangulamiento sistemático de una ciudad que evidencia la voluntad sionista, de carácter colonial y racista, de aniquilar al pueblo palestino. La solidaridad mundial con el pueblo palestino y contra el genocidio en Gaza es una de las principales luchas antirracistas de esta era.

Si Gaza demuestra de manera espeluznante la “pedagogía de la crueldad”⁷ expresa en la política de *Thanatos* que prima en esta era de crisis de la civilización occidental capitalista, no es por ser excepción, sino porque es sintomática de una racionalidad de muerte que es constitutiva de la modernidad en su conjunto desde sus tres holocaustos constitutivos—africano, amerindio, cacería de “brujas”—que la configuraron desde el largo siglo XVI a partir de una dinámica de “catástrofe” y “guerra permanente”.⁸ Como bien dijo Aimé Césaire (1955), el fascismo de los años 1920-1930 fue una incursión de la violencia racial colonial en el corazón de la blanquitud, en Europa misma. El despotismo antidemocrático y el racismo son dos elementos clave de la condición colonial que vuelven a aparecer hoy en los regímenes autoritarios presididos por gestores del nuevo

⁶ Compusimos esta categoría a partir de dos conceptos formulados por intelectuales afrocolombianos para caracterizar la crisis humanitaria en Buenaventura: *eco/etno/genocidio* de Santiago Arboleda, y *femicidio* en territorios racializados de Bety Ruth Lozano.

⁷ El concepto de “pedagogía de la crueldad” fue acuñado por Rita Segato (2003) en referencia al femicidio de mujeres mexicanas en la frontera con los EE. UU., pero con el propósito de ser una herramienta conceptual para entender la violencia patriarcal que es constitutiva de la matriz de dominación moderna/colonial en general.

⁸ Para la teorización de la modernidad misma como un proceso de larga duración que constituye una “catástrofe” para la mayoría de las personas y pueblos, sujetos al poder capitalista occidental desde el largo siglo XVI, estableciendo una condición de “guerra permanente”, en contraste con el falso ideal de “paz perpetua” planteado por Immanuel Kant, ver Maldonado Torres (2008, 2020).

supremacismo blanco como Trump y Milei, cabezas de una especie de *internacional neofascista* que va desde Modi en India y Le Pen en Francia hasta Netanyahu en Israel.

En este escenario histórico, las protestas a través de la región y del mundo son síntomas de condiciones de desigualdad entrelazadas—económicas, políticas, simbólicas, de clase, étnico-raciales, de género y de sexualidad—en la distribución del poder, la riqueza, el reconocimiento y la representación. Dichas desigualdades corresponden a un entramado de violencias—sociales, patriarcales, políticas, raciales—que constituyen fuertes fuentes de conflicto. Así se han venido dibujando escenarios polarizados en los que surgen nuevas derechas neofascistas de vocación autoritaria que esgrimen discursos y políticas agresivamente antipopulares, patriarcales y racistas. A contrapunto, las muchedumbres que componen las protestas son constituidas por una pluralidad de sujetos colectivos: estudiantes, campesinos, afrodescendientes, indígenas, sectores subalternos urbanos, obreros, feminismos, LGTBQ+ e izquierdas, que configuran un bloque popular radical que protesta contra las desigualdades, violencias y despotismos y, a la vez, aboga por un contrato social más justo y democrático.

La *Primavera de Ébano* demostró la capacidad de la praxis antirracista para aglutinar la pluralidad de luchas y movimientos que corresponden a las múltiples cadenas de colonialidad y opresión—clase, estatus migratorio, étnico-racial, generación, género, sexuales, etc.—imbricadas en la matriz de dominación moderna/colonial. Los *Movimientos por las Vidas Negras*, sin negar su heterogeneidad ni sus contradicciones, revelan diversidad, debates y disputas en el campo político afrodescendiente. En los Estados Unidos, la consigna *#BlackLivesMatter* y el movimiento al que se refiere surgen bajo un presidente negro, Barack Obama, quien no dejó de ser uno de los que ordenaron más bombardeos al continente africano, deportó más inmigrantes del Sur Global y presidió un periodo en el que se intensificaron los asesinatos de personas negras.

El movimiento por las vidas negras desde un principio representó una nueva forma de hacer política: liderato colectivo con diversidades/disidencias sexuales y mujeres a la cabeza; vinculó las luchas antirracistas con las anticapitalistas y antipatriarcales; ligó las gestas contra las injusticias y violencias entrelazadas en los Estados Unidos con las luchas contra el poder imperial y del capital en el Sur Global. En esa clave, los movimientos por las vidas negras constituyen una reinención de la Tradición Radical Negra de cara a una crisis civilizatoria que exagera la

necropolítica imperial y sus políticas de supremacía blanca,⁹ tanto en el territorio interno del imperio—“las entrañas del monstruo”, como decía Martí—como en su mal llamado “patio interior” amefricano (sobre todo en el Caribe) y a través del globo terráqueo.

Podemos resumir las políticas antirracistas de cara a la crisis civilizatoria en el Mundo Afro en tres tipos: 1) *antirracismo radical* que es la política antirracista-anticapitalista-antipatriarcal que se expresa en los movimientos por las vidas negras, levantada como bandera por movimientos y organizaciones “radicales” o “progresistas” negras que asumen la política racial como un componente clave de un proyecto de transformación histórica radical para el planeta en general; 2) *antirracismo neo/liberal* que argumenta y gestiona contra el racismo—sobre todo en su dimensión institucional y cotidiano—sin buscar cambiar de manera sustantiva el status-quo de capitalismo neoliberal, lo que implica mayormente una estrategia de reconocimiento cultural e identitaria, de representación política, y levantar recursos para proyectos dentro del orden neoliberal, la cual argumentamos es la tendencia mayoritaria en un campo político amefricano donde priman las políticas de representación, abogar por derechos, y solicitar recursos para programas a estados y a la cooperación internacional; 3) “*antirracismo*” *autoritario* que se declara contra el racismo, a la vez que niega que este sea estructural y lo reduce a prácticas de discriminación de algunas personas, conjugado a posturas que asumen que vivimos en una sociedad “posracial” donde quienes critican el racismo como un problema principal son vistos como “extremistas” con actitudes “divisivas” y “antisociales”. Denominamos esta falsa postura “antirracista” como autoritaria, en la medida en que corresponde a las prácticas de negación del racismo y a la afirmación de políticas autoritarias de ley y orden de las derechas neofascistas.

Antirracismo vis-à-vis Distopías Tardomodernas

La madrugada del 3 de enero de 2026, Caracas fue abruptamente despertada por el ruido y el resplandor de una intervención militar estadounidense. La operación, ocurrida después de varios meses de presencia militar masiva de EE. UU. en las aguas caribeñas, resultó en un acto sin precedentes en la historia de la región y del mundo: el secuestro de un presidente electo, una burda

⁹ La categoría “Tradición Radical Negra” se la debemos a Cedric Robinson en su libro “Marxismo Negro” y ahora es de uso amplio para historiar una larga genealogía de radicalismo negro que se puede trazar al Cimarronaje, la revolución haitiana, y el panafricanismo radical, el anarquismo y comunismo negro de principios del siglo XX, y las olas de movimientos antisistémicos de los 1960s-1970s hasta el presente.

violación del principio de la soberanía nacional venezolana como también del imperativo de la consulta legislativa del Congreso estadounidense antes de realizar una acción militar.

Temprano en la tarde del mismo día, Trump encabezó una conferencia de prensa con un elenco de ejecutivos blancos que incluía al secretario de Estado Marco Rubio y al jefe del Pentágono, Pete Hegseth. Estos enunciaron un discurso imperial triunfalista, celebrando la “superioridad” moral y militar estadounidense, y declarando un renacimiento mejorado de la doctrina de Monroe que afirma el dominio yanqui de las Américas, renombrada como “Donroe”. Trump declaró su voluntad de ejercer control político y económico sobre Venezuela al decir “Vamos a gobernar el país” y señaló como hecho que las grandes compañías petroleras norteamericanas recuperarían “el petróleo que nos robaron con el régimen socialista” para hacer negocios. Trump y su séquito presentaron la situación como un rotundo éxito, sin muertes estadounidenses, sin mencionar siquiera que alrededor de cien personas murieron en los bombardeos y en la batalla de cara al secuestro del presidente Maduro, en la que sucumbieron treinta y dos cubanos que formaban parte del equipo de seguridad presidencial. En el discurso imperial norteamericano, en el linaje de una larga tradición de racialización “norte” vs. “sur” que divide “anglos” y “latinxs”, las vidas latinoamericanas no cuentan y, por eso, no se cuentan.

Dicho despliegue de voluntad de dominación del “hemisferio occidental” dirigido por Donald Trump y su séquito encabezado por Marco Rubio y Pete Hegseth, fue un performance de masculinidad blanca imperial que corresponde a una serie de acciones de corte neofascista y racista entre las cuales destacamos tres: 1) el dar “asilo político” en los EEUU a afrikáners blancos de Sudáfrica por supuestamente estar perseguidos en su país donde alegadamente surge un “genocidio antiblanco”, a la misma vez que se militarizan ciudades estadounidenses buscando deportar “inmigrantes ilegales” y proteger la ciudadanía contra “personas peligrosas” ambos códigos para no nombrar sujetos “no-blancos”; 2) el bombardeo el 24 de diciembre, 2025, de un asentamiento islámico en Nigeria, con la excusa de una alegada persecución de cristianos en el país, lo que ha sido negado por el gobierno nigeriano y no ha sido demostrado, y ocurrió un día después de la Cumbre de la Alianza de Estados del Sahel en Burkina Faso, donde se reafirmó una política descolonizadora contra el dominio y apropiación de recursos y soberanía africana de parte de los poderes imperiales occidentales; 3) la conversión del desprecio por las vidas de pueblos y personas—africanas, amefricanas, asiáticas, indígenas—que Du Bois denominó “las razas oscuras

del mundo” y Fanon llamó “condenados de la tierra”, en políticas de estado, demostradas en la celebración por parte de Trump y sus secuaces del asesinato de alrededor de cien personas—campesinos y pescadores—supuestamente por ser narcotraficantes pero sin ofrecer pruebas, queriendo justificar así la destrucción de embarcaciones pequeñas en las costas caribeñas cercanas a Venezuela y Colombia. Esto se conjugó con actos de piratería imperial, que atraparon barcos de petróleo venezolano y nutrieron un aventurismo guerrillerista que, junto con el apretamiento de las sanciones y las continuas amenazas de invasión militar, pone en peligro millones de vidas, tanto en Cuba como en Irán y en Venezuela. El desprecio por las vidas y la voluntad expresa de matar las/los que estamos en el lado oscuro de la “línea del color” son síntomas significativos del maridaje entre racismo y fascismo.

Esta política imperial eminentemente autoritaria y racista, sigue explícitamente una larga línea de despotismo estadounidense en las Américas, sobre todo en el Caribe que siempre han visto como su “patio trasero”, pero se hace más explícito—con menos tapujos, y más agresivo—abiertamente rechazando las reglas del juego en las relaciones internacionales que se establecieron después de la Segunda Guerra Mundial, negando en teoría y práctica, los principios de soberanía nacional y del estado de derecho, entrando así en discursos y praxis de claro corte neofascista. De manera similar, pero más profunda, a lo sucedido en la crisis mundial de la década de 1920-1930, la era del fascismo europeo, la crisis de rentabilidad del capital se conjugaba con una crisis de hegemonía imperial y de legitimidad de los estados capitalistas (sobre todo los metropolitanos), lo que enmarca la emergencia de una ola de movimientos antisistémicos.

La coyuntura histórica-mundial de los 1920s-1930s generó un gran movimiento negro global que CLR James (1938) bautizó en uno de sus libros como “la gran revuelta panafricana” que incluyó acciones colectivas de índole diversa desde los Congresos Panafricanos (más de carácter liberal) y la amplia participación de personas y agrupaciones negras en la Internacional Comunista, hasta la Asociación Universal por el Mejoramiento Negro (UNIA) presidida por Marcus Garvey que movilizó millones de personas en diferentes partes del mundo con una agenda nacionalista negra. El antirracismo fue un núcleo común de esta sinergia de luchas y movimientos, sin negar sus importantes diferencias políticas e ideológicas. Una de las acciones colectivas antirracistas y antifascistas más notables, que aglutinó el Mundo Afro y sus aliados, fue la oposición a la invasión

de Etiopía por parte del gobierno de Mussolini. La ocupación de Etiopía por el régimen italiano duró hasta 1937 y fue contestada con lucha armada por brigadas internacionales.

De manera similar, la crisis global de los sesenta (aproximadamente 1955-1975) dio a luz un conjunto de acciones colectivas de sujetos y movimientos negros alrededor del mundo, entre los que destacan el movimiento de liberación negra en los Estados Unidos y el movimiento de poder negro en Sudáfrica. La descolonización y la liberación fueron bandera común de los movimientos negros de los sesenta, que conjugaron las luchas contra el colonialismo y el racismo, abogando por un proyecto de liberación fundamentado en un humanismo negro que buscaba la emancipación tanto de los colonizados como de los colonizadores, como se argumentó con lucidez en sus textos fundamentales, entre ellos *El discurso sobre el colonialismo* de Aimé Césaire (1952) y *Los condenados de la Tierra* de Franz Fanon (1961).

En ambos textos, que orientaron, en términos políticos e ideológicos, la generación de los años sesenta, se concibió el racismo como componente clave del capitalismo y del colonialismo, lo que implicó que el antirracismo se formulara como una política de descolonización y de liberación de la opresión imperial capitalista. Esto constituyó una suerte de renovación de la Tradición Radical Negra que, junto con el feminismo negro de la época, liderado por figuras como Angela Davis y las compañeras del Colectivo del Río Combahee, llegó a ser no solo un pliego contra la explotación de clase, la dominación étnico-racial y la geopolítica imperial, sino también un movimiento contra la opresión sexual y de género.

La apertura de espacios sociales, culturales y políticos, a partir de la agencia histórica de las personas y pueblos del Mundo Afro, facilitó el crecimiento de capas medias y de clases políticas negras, que en los EE. UU. tuvo como resultado un salto cualitativo en la ocupación de cargos públicos por parte de afrodescendientes. Esto comenzó con alcaldes y legisladores y alcanzó su clímax con la elección de Barack Obama como presidente en el 2008.

Después de la primera fase de la contrarrevolución neoliberal, como respuesta a la ola de movimientos antisistémicos de los sesenta, que comenzó a finales de los años 1970, un momento que se ha denominado “neoliberalismo salvaje”, surgió una nueva constelación de luchas en la que los movimientos indígenas y negros desempeñaron un rol protagónico. En ese contexto, hubo una movida gubernamental—en los estados y en las instituciones hegemónicas del capital y la geopolítica—hacia un proyecto racial llamado “multiculturalismo neoliberal” que reconoció la

diversidad étnico-racial en los países de la región amefricanana sin elaborar discursos ni políticas antirracistas robustas.

El nuevo constitucionalismo de los 1990s promovió reconocimiento identitario y cultural de afrodescendientes e indígenas a través de toda la región, sin elaborar políticas contra el racismo y por la igualdad racial, incluso en la mayoría de los gobiernos progresistas, con la excepción de Brasil donde desde la primera administración de Lula en el 2003 se instituyó la Secretaria para la Igualdad Racial (SEPPIR), que en ese momento fue la única rama de gobierno en el mundo, explícitamente antirracista a nivel de gabinete ejecutivo. Esto fue una innovación significativa en la forma, el discurso y la gestión del gobierno, a la vez que demostró los límites del antirracismo estatal en la medida en que no pudo solucionar el problema del genocidio antinegro en Brasil, donde todavía se asesina a una persona negra cada veinte minutos.

La tenacidad antirracista de los movimientos amefricanos provocó lo que hemos llamado un giro antirracista en la región. El hecho que la mayoría de los países latinoamericanos firmaron la Declaración y Plan de Acción pactado en la III Conferencia Mundial contra el Racismo del 2001 en Durban, Sudáfrica, colocó la desigualdad y discriminación racial en el escenario regional, pero en realidad no ha tenido grandes efectos en cuanto a la formulación e implementación de políticas públicas contra el racismo, aun en países como Colombia donde se aprobó una ley en el 2011 criminalizando acciones racistas y donde existen dos Observatorios contra el Racismo, uno fundado por el Proceso de Comunidades Negras (PCN) (una de las principales organizaciones de movimiento social) y la Universidad de los Andes, y otra situada en el estado.

El racismo sigue vigente y potente a lo largo del continente, en todas sus dimensiones: estructurales, institucionales y cotidianas. El racismo estructural se revela en hechos estadísticos como los altos índices de pobreza material de las mayorías afrodescendientes, en las continuas luchas por cambios curriculares que incluyan y centralicen las historias y los saberes indígenas y negros, así como en las grandes tasas de muerte prematura—muchas por asesinato—y en el destierro (o desplazamiento forzado territorial) de personas afrodescendientes e indígenas.

El racismo institucional se demuestra en la precaria representación política de personas y pueblos racializados negativamente—como afrodescendientes e indígenas—, en nuestra escasa presencia como profesores y estudiantes en las universidades, y, en fin, en la permanencia de estados raciales que benefician los discursos y las prácticas, tanto en el Estado como en la sociedad, que reproducen

la supremacía blanca—cultural, económica, epistémica y política—. El racismo cotidiano, su dimensión más patente, se expresa en infinidad de actos de discriminación y humillación que podríamos describir, irónicamente, como “el racismo nuestro de cada día”.

En vista de la persistencia del racismo, ¿cuáles son los posibles escenarios de antirracismo? ¿Cómo afecta la crisis civilizatoria a los regímenes racistas y, por ende, cómo informa las políticas antirracistas? Como hemos argumentado, la necropolítica racista es inherente al capitalismo racial-patriarcal que ha predominado en el planeta durante más de cinco siglos, se exacerba en tiempos de crisis sistémica, como en la era de la Gran Depresión y las guerras mundiales de la primera mitad del siglo XX, y se profundiza aún más en la crisis civilizatoria de hoy día.

Hablamos de *distopías tardomodernas* para caracterizar la condición global actual porque la beligerancia neofascista ha llevado el sistema-mundo moderno/colonial capitalista a sus límites. Es decir, la crisis civilizatoria que significa la erosión definitiva del sistema capitalista mundial como forma de vida—cultural, ecológica, económica, epistémica, geo/política; ha exacerbado la necropolítica racista, como se expresa en los genocidios de Gaza, el Congo, y Sudán, que se han normalizado y más aún, sobre todo el de Gaza, se ha convertido en un espectáculo mediático cruel que los poderes occidentales en el mejor de los casos ha dejado pasar por inercia y en el peor de los casos ha llegado al colmo del cinismo capitalista occidental como se expresa en la voluntad manifiesta de Trump de convertir la franja de Gaza en un resort de entretenimiento.

La distopía también se muestra en el secuestro del presidente Maduro, un acto de crasa violación de las normas internacionales, con base en falsas acusaciones de narcoterrorismo, demostradas por el propio gobierno de EE.UU., que admitió ante el tribunal que el “Cártel de los Soles” no existe. El secuestro de Maduro pone en peligro toda la región, como se vio cuando Trump mencionó con usual fanfarronería que el presidente Petro “podría ser el próximo”. El escenario distópico también se dibuja en las marchas masivas por las ciudades de los EE. UU. contra su militarización por parte de policías de ICE, que han deportado y asesinado a decenas de personas, incluso a ciudadanas norteamericanas, sin que la voluntad popular pueda incidir en las decisiones políticas, lo que demuestra la erosión crónica de la democracia liberal representativa como forma de gobierno.

La supremacía blanca occidental ha sido un pilar de la modernidad/colonialidad desde su incursión como proyecto de globalización del capital, del poder imperial y de la llamada civilización occidental. Por eso, concordamos con Winant (2001), quien sostiene que “la

modernidad misma es un proyecto racial”. Este proyecto racial de dominación imperial occidental blanco se manifiesta de forma agresiva, beligerante y explícita en la crisis actual.

El discurso de Marco Rubio en la Conferencia de Seguridad de Múnich el 14 de febrero de 2026, donde usó una lógica civilizacional para afirmar la superioridad moral, material y militar de “Occidente” que justifica el “destino manifiesto” (o “la misión del hombre blanco”)¹⁰ del imperio yanki como cabeza del emprendimiento occidental persiguiendo la causa imposible de renovar su hegemonía mundial tanto “moral e intelectual” (a la Gramsci) como en términos geopolíticos y económicos. Rubio planteó dicho proyecto de dominación imperial occidental en oposición tanto a las migraciones masivas de “bárbaros” contaminando las fronteras internas de los países occidentales, como a sus reclamos de redistribución justa de poder, riqueza, y representación en el mundo.

En su relato, Rubio justifica las aventuras imperiales de Trump en Irán y Venezuela y defiende una nueva constelación de poder imperial occidental, basada en un régimen de dominación sin hegemonía, donde la primacía de los poderes occidentales es garantizada por su poderío militar y legitimada no por normativas liberales “democráticas” sino por una alegada superioridad civilizacional. La supremacía blanca, representada como la civilización occidental, es el sustrato ideológico oculto del discurso de Rubio. En un artículo de opinión, el intelectual palestino Joseph Massad caracterizó el discurso de Rubio como una “declaración de guerra contra los pueblos no blancos del mundo”. La fuerte ovación que recibió el discurso de Rubio indicó un nefasto consenso del poder metropolitano, un sentido común neofascista en un Occidente decadente.

Dos semanas después, el 28 de febrero, Estados Unidos e Israel comenzaron una guerra al bombardear Irán, un día después de una reunión en Washington con un representante de alto nivel del gobierno iraní como parte de una supuesta negociación para asegurar que Irán no iba a construir una bomba nuclear. El escalamiento de esta guerra cuyos motivos principales son el dominio geopolítico estadounidense e israelí en la región sin importar la ecuación de muertes y la destrucción masiva, ya tiene un alto índice de destrucción de vidas y recursos vitales tanto en Irán como en Israel y el resto de la región, ha provocado un espiral inflacionario en la economía

¹⁰ Rubio no utiliza esas dos expresiones “manifest destiny” (destino manifiesto) y “White Man’s Burden” (misión del hombre blanco) que son categorías clave del discurso imperial estadounidense, pero ambas claramente informan sus argumentos en Múnich.

mundial, y abre la posibilidad tanto de una guerra múltiple como del posible uso de armas nucleares que podría constituir una amenaza a la vida misma en el planeta.

El otro frente principal de la embestida necropolítica imperial neofascista es la voluntad manifiesta de estrangular las posibilidades de supervivencia de la sociedad cubana. Como el antebrazo de Chauvin asesinó a Floyd, el bloqueo económico de Trump busca aniquilar las fuentes energéticas y alimentarias de la sociedad cubana con el fin de catalizar una catástrofe que liquide no solo al estado cubano sino también las posibilidades de supervivencia del pueblo cubano. Pero a pesar de las amenazas de la élite imperial estadounidense, se ha levantado una campaña mundial de apoyo a Cuba donde se destacan tanto gobiernos democráticos como el de México, como un tejido global de comunidades y movimientos en solidaridad con el pueblo cubano.

¿Cómo potenciar los recursos de esperanza ante tan enorme embate imperial? ¿Qué recursos de sentipensamiento crítico y qué estrategias de liberación tenemos frente al ascenso desenmascarado del fascismo, junto con reconfiguraciones del racismo disfrazadas de seguridad nacional? ¿Cuáles son las opciones antirracistas ante escenarios distópicos? Estas son preguntas clave que han de orientar nuestros análisis y acciones durante mucho tiempo.

El 31 de enero de 2026, participamos en un *Festival Antirracista/Antifascista* organizado por *Malunga: Red por la Justicia Global y contra el Racismo Antinegro y Diáspora Africana de la Argentina* (DIAFAR). Tuvimos una jornada larga e inspiradora que combinó música, poesía, diálogos críticos, paneles magistrales, juegos infantiles y arte popular para promover alianzas y tejer redes entre todas las luchas y movimientos contra la confluencia de racismo y fascismo en el gobierno de Milei en la Argentina, en el de Trump en los EEUU y a través del mundo. En esta era de crisis civilizatoria donde la supremacía heteropatriarcal blanca y el poder despótico se articulan cada vez más de manera perversa, necesitamos replicar este género de acción colectiva. En el cierre del evento, Federico Pita, presidente de DIAFAR, reclamó la necesidad de que las voces negras estén al frente de las luchas antifascistas, proponiendo tanto la importancia de resaltar la centralidad del racismo en el fascismo, como la agencia histórica de las comunidades afrodescendientes en las luchas por la liberación.

En clave de africanía, uno de los principios ético-políticos y proyectos de liberación que se destacan de cara a la crisis civilizatoria que vivimos, es el pliego de justicia reparativa por cuenta

del colonialismo y la esclavitud racial transatlántica, y sus secuelas en el continuo de injusticias y violencias que dura hasta el día de hoy.

Vitalismo Radical Negro y Justicia Reparativa

Para finalizar este escrito, examinaremos rápidamente el principio antirracista más importante que orienta las políticas de los movimientos amefricanos: la justicia reparativa por cuenta del colonialismo y de la esclavitud moderna y sus secuelas (o “vida posterior”, para usar la categoría de Sadiya Hartman), encarnadas en las cadenas de la colonialidad, el neocolonialismo y el racismo sistémico o estructural.

Identificamos dos posturas sobre las reparaciones históricas por cuenta del colonialismo, la esclavitud, la colonialidad/neocolonialismo y el racismo estructural en el campo político amefricano: 1) *reparaciones radicales* que corresponden al antirracismo radical; 2) *reparaciones neoliberales* que se ubican en el linaje del antirracismo neoliberal.

La propuesta de reparaciones radicales tiene una larga historia en la vertiente política y epistémica que denominamos tradición radical negra, que agrupa muchas corrientes, con el núcleo común de ver la justicia reparativa fundamentalmente como una serie de estrategias y medidas, no solo para resarcir las injurias del colonialismo, la esclavitud, la colonialidad y el racismo estructural, sino también como pilares en un proyecto de cambio histórico de carácter antirracista, anticapitalista, y antipatriarcal. En esa clave, las reparaciones radicales implican una redistribución sustantiva de poder, riqueza, reconocimiento y representación a los sujetos y pueblos negros, un desmonte de las desigualdades entrelazadas e injusticias imbricadas, y una transformación sustantiva de las ecuaciones de poder desde lo local hasta lo global.

En contraste, las reparaciones neoliberales proponen canalizar recursos, dinero, representación cultural y política, como puestos políticos, museos, fondos para negocios o incluso cheques individuales para las personas negras o afrodescendientes, así como la creación de fondos en instituciones como el Banco Mundial, dejando intacto el orden de poder neoliberal y el capitalismo racial heteropatriarcal. Este contrapunteo entre las reparaciones radicales y las reparaciones neoliberales demuestra la necesidad imperativa de distinguir modos de organización, repertorios de acción, posturas políticas, perspectivas epistémicas y proyectos históricos dentro del campo político amefricano. Desde la tradición radical negra hemos venido impulsando la celebración de

un *Foro Popular Ameficano por la Justicia Reparativa y el Buen Vivir* para darle contenidos concretos a las reparaciones radicales, a partir de la polifonía de voces y pueblos que habitan Nuestra Amefrica, de manera similar a como ocurrió en el décimo aniversario de la *Marcha de Mujeres Negras por las Reparaciones y el Buen Vivir*, que se efectuó en noviembre de 2025 en Brasilia.

Vivimos una era en la que los cimientos del planeta están en cuestión, lo que nos obliga a pensar profundo, a hurgar hondo en los signos de los tiempos, a buscar las razones de fondo y, por ende, a construir cambios radicales. Afortunadamente, el antirracismo finalmente ha entrado en el vocabulario político de Nuestra América, pero es necesario distinguir entre diferentes analíticas del racismo y sus correspondientes políticas y prácticas antirracistas, para poder convertir el antirracismo real y efectivamente en una estrategia no solo de poder negro o indígena, sino más aún en un punto de partida y de llegada para construir un mundo mejor, libre de todas las cadenas de colonialidad y opresión, de todas las desigualdades e injusticias—económicas, ecológicas, epistémicas, por capacidades físicas y mentales, y diferencias de género, generacionales, sociales, sexuales, status migratorio, territoriales—que configuran la matriz de dominación moderna/colonial que ha imperado en el mundo por más de cinco siglos.

Mientras terminamos de escribir estas líneas, fuerzas conjuntas de EEUU e Israel bombardean Irán, mientras Trump anunció una vez más, en tono de risa, que contempla una “ocupación amistosa de Cuba”. La agudización del bloqueo económico de Cuba por el dúo letal de Trump y Rubio, que intenta frenar el flujo de alimentos y de suministros de combustible, ha sido descrita como “Gaza en cámara lenta”, un ensayo de genocidio de baja intensidad a unas noventa millas de la frontera sur del territorio imperial estadounidense.

Ante la pérdida de hegemonía económica frente a China y el fracaso militar en la guerra en Ucrania contra Rusia, el imperio yanki está decidido a recolonizar Latinoamérica, una empresa imperial cuyas dos cartas principales son su poderío militar y las alianzas con gobiernos de derecha como los de Milei en Argentina, Kast en Chile, Bukele en El Salvador y Asfura en Honduras. El imperio en declive es capaz de causar mucho daño para “recuperar” su dominio. Estamos ante una disyuntiva histórica profunda, en la que nuestras decisiones y acciones políticas marcan la diferencia entre la vida y la muerte, literalmente entre la guerra y la paz. La guerra en Irán, a la cual no se le ve fin, revela que la supuesta invencibilidad del imperio yanki es un mito, a la vez

que profundiza el caos sistémico y nos acerca más a la posibilidad no solo de una guerra mundial sino de una catástrofe nuclear.

De cara a esa profunda disyuntiva de época entre *Thanatos* y *Eros*, ante este dilema histórico trascendental, concebimos la justicia reparativa como una suerte de sanación de un mundo enfermo. Las reparaciones históricas, más que un reclamo de compensación mínima por una deuda que es impagable, constituyen un recurso de salvación para un planeta en peligro de muerte.

A la luz de la crisis civilizatoria, hemos dicho y escuchado dos máximas de Antonio Gramsci, creadas en el contexto de la crisis mundial de principios del siglo XX: “vivimos en una era donde lo nuevo no ha nacido y lo viejo no ha muerto, en ese claroscuro emergen los monstruos”. Estos monstruos los vemos diariamente en los rostros del poder imperial neofascista, en sus enunciados de odio racista, como cuando anuncian descaradamente la voluntad de realizar crímenes de guerra destruyendo los recursos de agua y energía de Irán para “regresarlos a la edad de piedra a la cual pertenecen,” o en la indolencia ante el asesinato masivo de las otredades de Occidente que puede rayar en una pornografía perversa que celebra el genocidio en Gaza como condición de posibilidad para convertirla en un centro vacacional. Si el más de un millón de iraquíes que murieron en la guerra del imperio yanki contra Irak, la que llaman “guerra del Golfo”, la han querido condenar al olvido, por el irreconocimiento de la humanidad iraquí, algo similar está ocurriendo en el presente.

La otra frase de Gramsci promueve una actitud de “pesimismo del intelecto y optimismo de la voluntad” ante las calamidades provocadas por la crisis. Si bien es necesario reconocer la severidad de las injurias que el poder despótico imperial está causando al planeta, lo que llamamos “pesimismo del intelecto”, es aún más importante convocar resistencias, desde lo local hasta escala global, para combatir las fuerzas del Armagedón porque es cuestión de vida o muerte. A ese impulso vital transformativo y libertario es lo que llamamos “optimismo de la voluntad”.

En esa clave, buscando potenciar y forjar el horizonte antirracista radical de cara a la crisis, recuperamos el proyecto de “socialismo raizal” propuesto por Orlando Fals Borda (2008), de una apuesta por la igualdad en la diferencia donde se respete el disenso, de luchar por la liberación contra todas las cadenas de opresión, de construir comunidad de afinidades, afectos y afiliaciones para engendrar comunidad política radicalmente democrática buscando atender cada persona “de acuerdo a sus capacidades y necesidades”, un socialismo que sea no solo anticapitalista sino también antirracista y antipatriarcal, que promueva el cuidado no solo de las personas sino también

del cosmos, del equilibrio ecológico, de la conexión con la ancestralidad y del respeto y cultivo de los saberes, las estéticas y las espiritualidades negadas. A la hora de los monstruos, levantamos la bandera del amor contra los venenos del odio (a la Bad Bunny).

En la candela de una crisis civilizatoria que exige revisar de raíz las maneras de pensar y los modos de hacer política. En medio de un cambio de época en el que los discursos del humanismo liberal no corresponden a una política real, en la que los regímenes de poder imperantes, estatales e internacionales no tienen ni la capacidad ni la voluntad de proteger derechos, y mucho menos de garantizar la vida. En el infame reino de la necropolítica global, es imperativa la política de *Eros*, de defender la vida, el cuidado, la solidaridad, el deseo, el amor como principio rector de la socialidad y la convivialidad, esgrimiendo los principios que han inspirado ese tenaz compromiso con la vida que hemos llamado *vitalismo radical negro*, que aquí definimos como un principio antirracista que informa el *humanismo negro* porque el axioma antirracista de valorizar la humanidad de las personas y los pueblos africanos y afrodescendientes, es condición necesaria para la humanización de la humanidad.

Como bien afirmó el candidato presidencial de la izquierda colombiana, Iván Cepeda, en un discurso en el Quibdó, capital del Chocó, una de las grandes regiones negras de Nuestra Amefrica, “el antirracismo no es una consigna, es un proyecto de país”. En clave, decimos con Angela Davis, “No basta con no ser racista: debemos ser antirracistas en nuestras acciones cotidianas.” Ambas afirmaciones implican que el antirracismo ha de ser una de las banderas principales para sanar y recrear el mundo, para construir como decía el Subcomandante Marcos “un mundo donde quepan muchos mundos”, para parir un planeta donde el vivir bien no sea un privilegio sino la condición de bienestar colectivo de las grandes mayorías, aquellas que Fanon llamó “condenados de la tierra: y Du Bois bautizó como “las razas oscuras del mundo,” aquellas que vivimos “detrás del velo”, en el lado oscuro de la “línea de color”.

Referencias Bibliográficas

Bonilla-Silva, Eduardo (2001). *White Supremacy and Racism in the Post-Civil Rights Era*. Boulder, Colorado: Lynne Rienner Publishers.

Césaire, Aimé (1952/2000). *Discours sur le colonialisme. Suivi du Discours sur la Négritude*. Présence Africaine.

de Carvalho, José Jorge (2008). "*Racismo fenotípico e estéticas da segunda pele*."

- Du Bois, W. E. B. (1903/1989). *The Souls of Black Folks*. Penguin Books.
- Borda, Orlando Fals (2008). *El socialismo raizal y la Gran Colombia bolivariana*. Fundación Editorial El Perro y la Rana.
- Fanon, Frantz. (1961/2011). *Los condenados de la Tierra*. Casa de las Américas.
- Goldberg, David Theo (2001). *The Racial State*. Wiley-Blackwell.
- Grüner, Eduardo (2010). *La oscuridad y las luces. Capitalismo, cultura y revolución*. Edhasa.
- Hamilton, Charles, & Kwame Ture (1992). *Black Power: The Politics of Liberation in America*. Vintage.
- Hartman, Saidiya (1997). *Scenes of Subjection: Terror, Slavery, and Self-Making in Nineteenth-Century America*. Oxford University Press.
- James, C. L. R. (1938/2012). *A History of Pan-African Revolt*. The Charles H. Kerr Library.
- Lao-Montes, Agustín (2020) *Contrapunteos Diaspóricos: Cartografías Políticas de Nuestra Afroamérica*. Universidad del Externado.
- Maldonado-Torres, Nelson (2020). El Caribe, la colonialidad y el giro decolonial. *Latin American Research Review*, 55(3), 560-573.
- Maldonado Torres, Nelson (2008). *Against War. Views from the Underside of Modernity*. Routledge.
- Mills, Charles (1999). *The Racial Contract*. Cornell University Press.
- Moreno Figueroa, Mónica & Peter Wade, eds. (2022). *Against racism: Organizing for social change in Latin America*. University of Pittsburgh Press.
- Patterson, Orlando (2018). *Slavery and Social Death: A Comparative Study*. Harvard University Press.
- Robinson, Cedric (2021). *Marxismo Negro. La formación de la tradición radical negra*. Traficante de Sueños.
- Segato, Rita Laura (2003). *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Universidad Nacional de Quilmes.
- Scott, Joan (1996). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En Marta Lamas (comp.), *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (pp. 265-302). PUEG
- Scott, Julius (2018). *The Common Winds: Afro-American Currents in the Age of the Haitian Revolution*. Verso.
- Wallerstein, Immanuel (1996). *Historical Capitalism with Capitalist Civilization*. Verso.

Winant, Howard (2001). *The World is a Ghetto. Race and Democracy since World War II*—Basic Books.